



LA LITURGIA, UNA RELACIÓN CON DIOS QUE NOS TRANSFORMA

Notas de la intervención de M. del Mar Albajar, abadesa del monasterio de Sant Benet de Montserrat, en el acto de presentación de la revista *Galilea.153* - 12 de abril de 2018

1. La liturgia es obra de Dios

No necesitamos hacer nada especial para encontrar a Dios. Dios está en el corazón que palpita en toda realidad. Lo encontramos al levantarnos, cuando nos lavamos los dientes, cuando desayunamos, cuando tomamos el metro, cuando me encuentro con las primeras hermanas de la comunidad, en el trabajo, cuando voy a comprar, en cualquier situación, en cada gesto, en cada latido de nuestra vida Dios está presente. La liturgia es una forma de dejar espacio, de explicitar, de visibilizar lo invisible. La liturgia es el momento en que nos detenemos para celebrar, para responder a esta dimensión de la realidad que está en cada momento de nuestra vida, pero que

necesita un espacio especial para hacerse realidad.

Liturgia es –el origen griego de la palabra lo indica– el *trabajo del pueblo*, pero san Benito dice que es el trabajo de Dios. En la liturgia dejamos un espacio en nosotros para Dios, para lo trascendente, para el misterio, para lo que nos sobrepasa. Más que el resultado de lo que nosotros hacemos, más que el producto de nuestros ritos, de nuestras buenas intenciones, de nuestras oraciones, se trata de ponernos en presencia de una realidad que está siempre y en todas partes.

Nosotras nos levantamos a las seis para ir a maitines. Y nos sentamos en la igle-

sia, en unos bancos que forman un cierto ángulo, mirando hacia delante. Delante no hay nadie, pero actuamos como si lo hubiera. Nos reunimos, nos sentimos convocadas para reunirnos, porque en realidad Alguien nos convoca, una presencia que nos recuerda que está en medio de nosotros.

Siempre empezamos la oración diciendo «Dios mío, ven en mi auxilio» recordando que Dios está entre nosotros y abriendo así nuestra conciencia a esta realidad. Por eso la tradición benedictina habla de la obra de Dios, del *opus Dei*, del oficio divino, en lugar del trabajo humano. Con esta expresión subrayamos que la liturgia no es producto de lo que nosotros hacemos sino que participamos en la liturgia para poder acoger a Aquel que ya estaba en ella.

2. La liturgia es obra del pueblo

La liturgia es obra de Dios y, al mismo tiempo, es el trabajo del pueblo. Que sea el trabajo del pueblo significa que la liturgia nunca es individual. Puede ocurrir que a la liturgia lleguemos como individuos. Y cuando digo individuos me refiero a cuando estamos encerrados en nosotros mismos, a cuando nos peleamos con la vida, con los demás, a cuando estoy preocupada con mis proyectos. Y somos personas, en cambio, cuando nos abrimos a los demás.

Podemos llegar a la liturgia con nuestros problemas, con nuestras preocupaciones, y podemos llegar solos, con la sensación de estar solos en la vida, de estar aislados. Pero la liturgia siempre es encuentro: quien celebra es la comunidad, es el pueblo. La liturgia siempre es un encuentro de personas. Y de la

liturgia salen personas enviadas a construir comunidad.

La liturgia nos une... y nos envía a crear comunidad, a abrir lazos, a encontrarnos con el otro. Hay un teólogo norteamericano, un liturgista llamado Nathan Mitchel, que explica que la legitimidad de nuestra liturgia eclesial se mide por la liturgia de la vecindad. Nuestra liturgia es válida en la medida en la que crea vecindad, relaciones, comunidad más allá de la asamblea que celebra.

Pero también hay que recordar que Dios mismo se hace presente en la asamblea. No es una persona quien celebra la liturgia, es la comunidad quien la celebra. Lo expresan muy bien unos textos preciosos de la *Sacro-sanctum Concilium*:

Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica... Cristo está presente cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20) (SC 7).

La santa madre Iglesia desea ardientemente que se lleve a todos los fieles a aquella participación plena, consciente y activa en las celebraciones litúrgicas que exige la naturaleza de la liturgia misma y a la cual tiene derecho y obligación, en virtud del bautismo, el pueblo cristiano, «linaje escogido sacerdocio real [todos somos sacerdotes, sacerdotisas, en la liturgia, en la plegaria], nación santa, pueblo adquirido». Al reformar y fomentar la sagrada liturgia hay que tener muy en cuenta esta plena y activa participación de todo el pueblo, porque es la fuente primaria y necesaria de donde han de beber los fieles el espíritu verdaderamente cristiano (SC 14).



3. Necesidad de la dimensión celebrativa

La liturgia, como también dice el Concilio (*Constitución sobre la Iglesia*), es «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (LG 11). Por tanto, la liturgia es fuente de donde surge y hacia dónde va la vida, está conectada con la vida.

Todo ser humano tiene una dimensión celebrativa incorporada, natural, antropológica. Necesitamos celebrar y acompañar los distintos momentos de la vida, desde que nacemos hasta que morimos. Y nuestra liturgia es esta celebración, esta manera de poner nuestra vida humana en manos de esta presencia.

Ioannis Zizioulas, un teólogo ortodoxo, nos ayuda a entender la relación de la vida con la liturgia. Nos habla de dos clases de existencia: la biológica y la eclesial. La biológica nos conduce a protegernos, a cuidar de nuestra salud, a procurar por nuestra vejez...

La existencia eclesial, que surge del bautismo, va más allá de la existencia biológica y la proyecta hacia el encuentro con el otro, hacia el Reino.

En cada celebración litúrgica, aportamos nuestra existencia biológica, para que la liturgia la vaya transformando en existencia para los demás, esta existencia que nos libera de nuestros miedos, de nuestros límites, para vivir desde la locura y desde la libertad por una ilusión más grande y más allá de nuestra propia seguridad. En la liturgia, pues, nuestra vida tiene la oportunidad de nacer de nuevo.

Si es la comunidad quien celebra, si Cristo se hace presente en ella, esta comunidad debe ser reflejo de Cristo. Entonces deberemos preguntarnos cómo nos tratamos entre nosotros. La comunidad también forma parte de la liturgia. La liturgia no es solo el rito, la celebración, sino cómo nos acogemos mutuamente, cómo nos tratamos unos a otros, cómo nos perdonamos.

Lo sagrado en otras religiones puede estar relacionado con otros conceptos, pero lo sagrado en cristiano tiene que ver con amar, si no, no es sagrado. La liturgia no puede ser sagrada si estamos dejando de amar a alguien de los que están en la celebración, o de los que llevamos a nuestra oración.

4. Los lenguajes de la liturgia

La liturgia es una relación con Dios que nos transforma, porque toda relación con Dios, toda relación con los textos bíblicos, toda relación con el misterio de Cristo es una posibilidad para nosotros de entrar en esta vida de Dios. Todos los textos bíblicos, dice la *Dei Verbum*, son para nuestra salvación. Y cuando digo salvación, cuando hablo de transformación, no me refiero al perdón de alguna transgresión, de algún error, sino a la posibilidad de vivir de otra forma, de ser más feliz, más libre, más de acuerdo con quien soy realmente y abierta a los demás.

Si la liturgia es encuentro transformador para la asamblea, debemos tener en cuenta que comprende lenguajes muy diversos: los gestos, el espacio, nuestra forma de vestir y el lenguaje verbal. Hay que ir con cuidado, porque algunos lenguajes pueden ser discriminatorios. Una teóloga liturgista norteamericana, Marjorie Procter-Smith, habla de la importancia de los relatos para las personas. Y la liturgia está repleta de relatos, porque es uno de los lenguajes bíblicos.

Según los relatos que nos llegan –y según los que no nos llegan– configuramos nuestra identidad. Por ejemplo, existe una gran tradición según la cual la primera que vio a Jesús resucitado fue María Magdalena. Es una tradición muy importante que si no tuviera algún grado de veracidad no estaría en los textos, y en cambio en los domingos de Pascua nunca se lee este evangelio. También en el tiempo de Pascua, en tercia se lee un versículo



que dice: *Verdaderamente ha resucitado el Señor*, con la respuesta: *Y se ha aparecido a Simón*. Y está muy bien, porque se apareció a Simón Pedro. Pero, ¿solo se apareció a Simón? ¡Y lo leemos 50 días! Y no sale nadie más que Simón. Y, claro, esto te va configurando, tanto por lo que se dice como por lo que no se dice.

Igualmente por lo que respecta a los jóvenes. Habría que preguntarles qué entienden de lo que se dice en las iglesias... Es cierto que hay que hacer el esfuerzo de entender un lenguaje que tiene una tradición antigua como es el lenguaje litúrgico, igual que si eres abogado también debes hacer el esfuerzo de entrar en el lenguaje legal. Pero eso no es excusa para no hacer más inteligible nuestro lenguaje.

La liturgia como relación transformadora es aquel espacio donde llevamos la vida tal como es, donde podemos ser nosotros mismos, sin disfraces, para poder abrirnos a esta vida de Dios, donde yo puedo ser cada vez más quién soy realmente, y más entregada a los demás, con menos miedos, menos necesidad de protegerme, y con más confianza en Cristo que nos convoca y nos reúne.